II

« ACINIPO »

Memoria escrita por D. Antonio Madrid Muñoz; Informe redactado por D. Antonio Blázquez, en virtud de acuerdo de la Academia.

Al informar á la Academia respecto de la Memoria remitida por el Sr. Madrid Muñoz, nuestro Correspondiente en Ronda, voy á ser muy parco, aunque me aparte de la costumbre generalmente seguida. No penséis que á ello me mueve el afán de rectificaros, pues yo nunca podría hacerlo con acierto, sino el deseo de que el trabajo á que estas líneas se refiere llegue al lector sin prejuicios, y sobre todo sin anticipación de ideas y de detalles que le quitarían su novedad. No sé si con esto cumplo acertadamente el mandato de esta Corporación; yo creo que sí, pues más que desflorar el trabajo, me ha ordenado que le manifieste mi opinión, y como ésta es favorable á un estudio en que se describe el estado actual de las ruinas de Acinipo, denominadas hoy de Ronda la Vieja, y la reseña se ajusta á su objeto y está escrita claramente; el autor ha examinado los vestigios de la antigua población, los restos de sus edificios y muros, nos reproduce en excelentes fotografías lo más notable y es persona inteligente y culta, mi voto es favorable desde luego á la impresión de la Memoria y á la publicación de algunas fotografías en el Boletín de nuestra Corporación.

Pero ya que de Acinipo se trata, permitidme que llame vuestra atención acerca de la comarca á que aquella ciudad pertenecía en la época de su florecimiento y grandeza, y os diga algo de los que fueron sus fundadores.

Los habitantes de Acinipo.

Mucho se ha discutido si los celtas constituían una raza ó si sólo eran pueblos situados al Occidente, y larga sería la bibliografía que podría citarse respecto del asunto. ¿Mas á qué? Alar-

des de erudición inútiles son los alardes bibliográficos cuando copian opiniones que por lo alejadas de toda realidad no merecen el honor de reproducirse una vez más, ó repiten argumentos sin valor, alegados anteriormente y desechados por la crítica. Todavía si los asuntos históricos se resolvieran por votación, cabría repetir los nombres de los que opinaron de uno ú otro modo; pero al tratar de dilucidar hechos históricos por medio de testimonios y de razones, es perfectamente inútil saber cuántos historiadores, geógrafos y arqueólogos, opinaron de uno ú otro modo.

No es esto afirmar la inutilidad de las citas; es limitarlas á lo que estimo justificado, á saber: á hacer constar que los argumentos ó noticias que no han perdido su valor, se deben á tales ó cuales escritores, evitando atribuirse su paternidad y á reproducir los datos en que se funda el trabajo que se redacta; para que dada la época y circunstancias de los testimonios, se pueda apreciar su valor y comprobarle en caso necesario.

Hechas estas salvedades, y no encontrando con referencia á Acinipo y su territorio datos bastantes, en publicación adecuada al caso, para conocer la extensión del territorio á que pertenecía, cuáles eran las ciudades más notables de la comarca, su filiación étnica y hasta el significado de la voz con que genéricamente se la designaba, trataré de hacerlo, recogiendo lo más importante que haya acerca del asunto, con la sobriedad y concisión propias de un bosquejo, aportando así elementos para que se enlacen por los lectores del Boletín con los datos que en su interesante Memoria nos presenta el Sr. Madrid Muñoz, de quien esta Academia espera nuevas é interesantes noticias ampliadas, si puede ser, á la que es su querida patria, la ciudad de Ronda, la Arunda de los antiguos y aun á otras inmediatas, ya que tan buena voluntad tiene para contribuir á los estudios históricos.

Inútil, casi, resulta decir que la voz celta (y en la Céltica bética estaba situada Acinipo) no indica relación de posición geográfica, porque si bien Éforo (1) parece darlo así á entender,

(1) Éforo (350). En su tiempo llamaban indios á los que vivían en el Oriente, etíopes á los del Mediodía, celtas á los occidentales y escitas á

numerosos testimonios de historiadores y geógrafos nos muestran pueblos llamados celtas en casi todas las regiones del mundo conocido de los antiguos, y, por tanto, en el N., en el E. y en el Centro, siendo ejemplo de ello los testimonios de Plutarco (1), Tolomeo (2), Estrabón (3), etc. Posible es que *en parte*

---

los del Norte, añadiendo que los celtas ocuparon casi toda la Península española, ó mejor, lo que se llamaba Iberia hasta Cádiz.

(1) Plutarco (45-125) los llama celtoscytas y *extiende la céltica desde el Atlántico á la laguna Moeotis.*

(2) Tolomeo Lagido (323 á 283) dice que vivían cerca del Adriático.

(3) Dion (155-215) coloca los celtas en Cantabria y en las orillas del Rhin.

Filino dice que eran celtas los cántabros y astures.

Apiano (siglo II, de J. C.) cita celtas en la Galia cisalpina y en el mar Jónico.

Esteban de Bizancio los menciona en el monte Hermo, en Slavonia.

Aristóteles (384-322) forma un todo con los celtas y scytas.

Scymno de Chios habla de los que vivían en las costas opuestas á las gaditanas hasta el mar de Cerdeña. El río Tarteso venía de la Céltica y conducía estaño.

Piteas, según Eratóstenes (276-194), dijo que desde el Estrecho hasta Cádiz la costa estaba habitada por los celtas.

Polibio (210-125) decía que los celtas ocupaban desde Narbona y sus contornos hasta el Pirineo, é Iberia desde el Pirineo hasta el Estrecho.

Aristóteles (384-322) cita un camino desde Italia á Iberia por los celto-ligures y por los celtas. También dice que los hay en España ó Iberia, y al tratar del Pirineo dice que está en tierra céltica. Meteorológicas, I,13.

Filostrato (175-249) llamó celtas á los del Rhin (lib. VIII, 7 y lib. I, 24,5.

Diodoro Siculo (época de Augusto, lib. XXXII). Es conveniente decir que los que tienen sus moradas tierra dentro de Marsella y entre los Alpes y los Pirineos se llaman celtas, pero los demás pueblos colocados á Occidente, que se extienden hasta Escytia, se les conoce por el nombre de Galos, aun cuando los romanos, sin distinguir á ningunos, dan á todos el nombre de galos, siendo también conocidos por el de galo-griegos, á causa de haberse confundido ambos pueblos.

Tolomeo (323-283). Europa en otro tiempo se llamó Céltica por haber sido ocupada por los celtas, pues no existe ninguna región que no hayan ocupado ellos.

Estrabón (58 antes á 21 después) habla de ellos con referencia al Betis, al mar Jónico, á la Moesia. En su tiempo, todas las naciones septentrionales se llamaban célticas. Llama céltica, en particular, á la Galia. En los prolegómenos dice que en tiempo de Homero se llamaron scytas ó nómadas todas las gentes que había en el septentrión; pero después, cuando fueron más conocidas las regiones del O., empezaron á recibir los nombres de celtas, iberos, celtíberos y celtoscytas, puesto que al principio,

fuera cierto lo que dice Éforo, aunque á ello se opone el hecho de que había en su tiempo y en los anteriores otros pueblos occidentales, á quienes, sin embargo, no se llamaba celtas, sino kynetas, iberos, elbisinos, mastienos y tartesios (1); pero aunque así fuera, con el tiempo varió el concepto y se llamaron también celtas los descendientes de aquellos celtas que habitaron primeramente en Occidente, y siguieron recibiendo tal nombre aun después de haberse trasladado á otras regiones orientales ó septentrionales, caso en el cual ya la voz no tenía el alcance geográfico de posición, sino el de agrupación étnica, el de pueblo de origen distinto de aquellos entre los cuales estaba.

Tampoco estamos conformes con otra opinión, que hace de los celtas una raza antropológica aparte y distinta de la de los demás pueblos que mencionaron los antiguos. Sin embargo, difícil es decidir si los celtas constituían una raza; porque si la antropología no ha llegado á determinar de un modo indiscutible qué es lo que constituye las razas; si el concepto histórico de éstas ha variado tan considerablemente en el último siglo; si no se ha llegado á un acuerdo en cuanto á los caracteres y condiciones físicas y morales de las razas, y si, por otra parte, el número de esqueletos de origen celta examinados es muy limitado, ¿cómo vamos á afirmar la existencia de un tipo celta, de una agrupación de hombres? ¿Dónde están, en número suficiente, los testimonios? ¿Acaso se han estudiado debidamente todos los restos hallados en los diferentes países en que estuvieron?

---

por falta de noticias geográficas, todas y cada una de las gentes que ocupaban diferentes comarcas, eran designadas bajo un solo nombre.

El escoliasta de Apolonio da al Mar Adriático el nombre de Céltico.

Pomponio (siglo I, de J. C.), dice que los artabros son celtas.

Arriano (siglo II) dice que la carrera cantábrica recibió de éstos el nombre, siendo gente ibérica, y de ella la tomaron los romanos.

(1) Apiano (siglo II, a. de J. C.). Creo que los celtas, salvando el Pirineo, vinieron mezclados con los iberos, razón por la cual se los llamaría celtíberos, y conjetura que en España los fenicios, que desde los tiempos antiguos hacían comercio marítimo, ocuparían algunas poblaciones. Lo mismo digo de los griegos, llegados por mar, los cuales tomaron asiento en las comarcas de Argantonio, en Tarteso.

Podremos hacer conjeturas poco sólidas, recoger las noticias de sus usos y costumbres en los escritores de la antigüedad, adquirir referencias respecto de sus vestidos y armamento; pero, ¿acaso esto es algo inherente á la raza? ¿No cambian los pueblos de idioma, de viviendas, de modo de guerrear y hasta de religión? ¿No usaban los celtas el idioma griego en las comarcas en que estaban en contacto y comunicación y bajo la influencia de los helenos? ¿Acaso los celtas españoles, y más concretamente los celtas de la Bética, no adoptaron las costumbres romanas y emplearon el modo de construir de los romanos en sus casas, en sus teatros y en sus templos, patentes todavía en la excelsa Acinipo, atalaya y mirador natural, desde donde se tiende la vista por extenso horizonte, según nos cuenta el señor Madrid Muñoz, y dieron culto á dioses traídos de la gran ciudad de Roma?

Deben por esto contenerse los que, sobrados de imaginación, fantasean la historia sin querer; los que, acostumbrados á la literatura florida y galana, pintan como jardín de flores el arenoso campo de la historia, donde sólo quedan la ruina muda, el arco roto y la estatua mutilada bajo el surco del arado. Nada de inventar civilizaciones concebidas por el numen fecundo y realzadas por la palabra maravillosa y fácil, que aquí y allá, siembra de conceptos imaginarios, de conjeturas aventuradas y de sonoros calificativos los sucesos de los cuales no fueron testigos presenciales, ni tuvieron directa noticia los escritores, y de los que sólo queda una línea sobria y concisa en el libro de la historia, y dejar para la novela ó para el poema, para el cuento ó la leyenda, su ingenio y su galanura.

***

Los celtas aparecen por vez primera en la Historia en Horodoro (fin del siglo VI antes de J. C.), si aceptamos que designó á los celtas bajo el nombre de *gletes*, en cuyo caso, era gente ibérica, es decir, que el nombre genérico era el de iberos, y estaban

cerca de los kynetes ó cuneos en el S. de Portugal, en el territorio que denominamos hoy Algarbe (1). Este es, pues, su primer asiento histórico y la primera noticia que de ellos nos queda, pudiéndose conjeturar que la noticia se debió á los griegos que, con Coloeos, llegaron de arribada á las costas de la Península en el siglo VII, traídos por pertinaz tormenta, desde Egipto á la opulenta Tarteso, según cuenta Herodoto (2). Este escritor da el nombre de celtas á un pueblo cuya situación parece ser la misma que á los gletes asignó su antecesor. Herodoto (484-425), nos dijo que cynetes son los últimos pueblos de Europa, estando más acá los celtas, luego no eran éstos los más occidentales, con lo cual se rectifica la opinión de Éforo.

Los celtas españoles vuelven á ser mencionados por Teopompo (380), quien nos da también noticia de Massia, ciudad ó región distinta de Tarteso; de Xera, población próxima á las columnas de Hércules (quizás Jerez), y de los gletes, raza ibérica, que está alrededor de los tartesios (3), volviendo á insistir en que son iberos, como Horodoto, quien puntualiza y detalla el concepto, añadiendo que esta gente ibera habita á lo largo de la costa,

---

(1) Herodoro (siglo VI, a. de J. C.). La región Kynetica es lugar de Iberia. Los gletes son una raza ó gente ibérica que está después de los kynetes. Ha de advertirse que generalmente empezaban la descripción del mundo en el promontorio sagrado, continuando por la costa hacia el mar Mediterráneo, por lo cual la voz, después, no indica lejanía, sino aproximación con relación á Grecia.

En otro párrafo se lee: «Esta gente ibérica que digo habita á lo largo de la costa, siendo toda de una sola raza, se divide en tribus con diferentes nombres. Primeramente, los que viven en el extremo hacia el Occidente se llaman kynetes, después de los cuales, viniendo hacia el N., están los gletes, después los tartesios, después los elbysinos, después los mastienos, después los calpianos, etc.»

(2) Herodoto (484-425). Los celtas son los últimos que habitan hacia el Occidente, exceptuando los kynetes. Los kynetes son los pueblos más occidentales de Europa y junto á ellos están los celtas, ambos más allá de las columnas de Hércules.

El Istro, comenzando en los celtas y en la región del Pirineo, divide Europa.

(3) Teopompo (siglo IV, a. de J. C.) dice que los gletes son de raza ibérica, que moran alrededor de Tarteso.

y que siendo toda de una raza, se divide en tribus de diferentes nombres: los que viven en el O. dice son kynetes, después hacia el N. los gletes, después los tartesios, después los elbisinos, después los mastienos, después los calpianos y... el río Ródano. En el siguiente siglo, Éforo (1) reduce el pueblo ibero á una ciudad, y atribuye á los celtas la mayor parte del territorio que en tiempo de Estrabón, que es quien conserva la noticia, se llamaba *Iberia hasta Cádiz*. Eratóstenes (año 270) dice que la costa, desde el Estrecho hasta Cádiz, estaba poblada por los galatas ó gletes (2); Asclepiades Mirleano, profesor de gramática en Andalucía, dice que los antiguos llamaron gletes á los iberos (3); Polibio (4) manifiesta que era preciso distinguirlos de otros pueblos próximos, tales como los turdetanos y los túrdulos (que como los celtas, habitaban la Bética), y que los celtas se habían civilizado, no sólo por ser vecinos de los turdetanos, sino por ser congéneres y tener un mismo origen (lib. XXXIV, 9, 1, 2 y 3.—Estrabón, lib. III).

Tienen los antecedentes apuntados importancia excepcional, para mostrar que no tiene razón de ser la diferenciación de iberos y celtas, en razas distintas, puesto que varios escritores nos dicen que los celtas eran de raza ibera (5), mostrándonos así

---

(1) Éforo (siglo IV, a. de J. C.) redujo á los iberos al perímetro de una sola ciudad, y atribuyó á los celtas la mayor parte de lo que en tiempo de este último geógrafo se llamaba Iberia hasta Cádiz; eran muy amigos de los griegos, y entre otras cosas, que hoy no les convienen, dice que cuidaban mucho de no engordar, ni tener el vientre abultado y que imponían una multa al joven que excedía la medida del cinturón reglamentario ó modelo. (Didot.—Fragm. hist. graec. 38, y siguientes.)

(2) Eratóstenes (276-194). Según Piteas, la costa, desde el Estrecho hasta Cádiz, estaba poblada por los gálatas.

(3) Asclepiades Mirleano. Los antiguos llamaban gletes á los iberos, los cuales les poblaron una región no muy grande.

(4) Polibio (210-125) dice también que los lusitanos son iberos autónomos.

(5) Justino (siglo II, después). Los focenses fundaron una colonia (Marsella) en el país de los ligures, en un territorio llamado Segobriga, en el cual reinaba Namnus. Según la antigua escuela, los ligures eran celtas, dándose los nombres de Sego y briga en muchas palabras de Galia y España. Namnus aparece en las monedas, y su sucesor se denomina: Coma-

que, al menos en la parte SO. de la Península, el pueblo ibero era el más importante y principal, con lo cual se desvanecen errores patrocinados por los que, al tratar de los celtas, se han ocupado en consultar principalmente las noticias relativas á otros países, donde por no haber llegado los pueblos aquí denominados iberos, ó haber ido en menor número ó con menor importancia sus emigraciones, aparecía el pueblo celta como una nación sin parentesco conocido con los iberos ó se daba tal nombre á las gentes que con ellos fueron y á las del NO. y O. de las tierras conocidas por los griegos (1), sin distinguir sus varias agrupaciones (2). En Francia, y en general en el Centro y N. de Europa dejaron, sin embargo, rastros los iberos en los nombres de los pueblos (3), y aun en algún caso en las tradiciones, cual sucedió en Inglaterra (4).

---

nos en denarios de la liga de la Galia; los montañeses de los Alpes contra Ariosve y los germanos. (V. Canulo Julio.)

Herodoro. Los gletes son raza ó gente ibérica.

Teopompo (siglo IV, a. de J. C.). Los gletes son de raza ibérica que moran alrededor de Tarteso.

Asclepiades Mirleano. Los antiguos llamaban gletes á los iberos.

(1) Los celtas son los últimos que habitan al Occidente, exceptuando á los kinetes.

Éforo (350) dice que se llaman celtas los occidentales.

Aristóteles (384-322) forma un todo con celtas y escitas.

Filostrato (175-249) llama celtas á los que habitaban junto al Rhin.

Tolomeo Lagido (323-283). Dice que vivían cerca del Adriático.

Plutarco (45-125). Extiende la Céltica desde el Atlántico á la laguna Meotis.

(2) No distinguen los grupos célticos, además de algunos citados, Plutarco (nota anterior), Éforo, Tolomeo, quien dice que Europa en otro tiempo se llamó Céltica por haber sido ocupada por los celtas.

(3) Camilo Julien, en la *Historia de la Galia*, dice que la invasión ibérica tuvo efecto en el período 500 á 475, y se efectuó en tres grupos: los vascones por Roncesvalles y la costa inmediata, los ilergetas por el Sumport, y los ausetanos por el Perthus; y cita á este efecto los nombres de Iluro, Bigerra, Eliberris, Calagorris ó Calagurri, y otros que se encuentran en Francia y en España.

(4) Ya hizo notar D. Lorenzo Hervás, en su *Catálogo de las lenguas*, la repetición de nombres. Así hay Dur y Durius; Brigantes; Lucenos y Lucenses; Eboraca y Ébora; Abo, Avo y Abus; Ocelo y Ocelis; Navea y Navío; Deva y Devón, etc. Los nombres de Eboraca y Ébora no dejan dudar su origen.

También es de notar que en Andalucía, y cerca de la comarca en que estuvo Acinipo, hubo celtas (1) desde el siglo VI, cuando menos, y esto nos explicará cómo siendo los celtas un pueblo cuyo origen se supone, sin razón, en el Centro de Europa, no tuvieron que venir á la provincia de Cádiz después de largas peregrinaciones, sino consolidar su estancia por medio de ciudades y quizás por una organización política y militar que les permitiera defenderse y progresar (2).

En Estrabón figuran los célticos, túrdulos y turdetanos, siendo estos últimos uno de los pueblos más cultos de la Bética, puesto que tenían gramática, poemas y máximas morales desde hacía 6.000 años (3), dato que se ha considerado fabuloso, mientras se admite como cierta la antigüedad de más de 5.000 que asignan al Egipto las listas de Maneton. La ciudad de Turdeto estaba en la provincia de Cádiz, al S. de Acinipo, ignorándose si dió su nombre á la región inmediata ó le tomó de ella; ésta se extendía en tiempo de Estrabón mucho más allá de la mencionada provincia; pero en donde aparece más manifiesta su extensión es en la obra de Tolomeo, en la cual se incluyen en los turdetanos de la Bética las ciudades de Canaca, Seria, Osca, Ceriana, Urium, Ilipula, Setida, Iptucci, Sala, Nebrissa, Ugia, Hasta, Corticata, Laelia, Italica, Maxilva, Ucia, Carixa, Calduba, Paesula, Saguntia, Asindun, Nertobriga, Contributa, Regina, Cursu, Mirobriga, Spoletium, Ilipa Magna, Hispalis metropolis, Obucula, Calicula, Oleastrum, Urbona, Baesippo, Phornacis, Arsa, Asyla, Astygis y Carmona.

Pero además se habían extendido por la Lusitania, ocupando la mayor parte del territorio que hay al Sur del Tajo, y así tenían las ciudades de Balsa, Ossonoba, Calipodis fluvius ostia, Salacia y Cetobriga, todas en la costa; y junto al promontorio Sagrado las ciudades interiores siguientes: Lacobriga, Cepiana, Bre-

---

(1) Consúltense las notas anteriores. Herodoto, Herodoro, Scymno, Piteas, Teopompo, Éforo.

(2) Estrabón (58 antes á 21 después) y Éforo, además de otros citados, hablan de su civilización.

(3) Leyes de los turdetanos. Estrabón: *Geografía*, libro III.

toleum, Mirobriga, Arcobriga, Meribriga, Cattaleucos, Pyrgileucos y Arandis. El río Guadiana separaba la Turdetania Bética de la Lusitana.

Otro gran pueblo ocupaba grandes y extensos campos de la Bética; era el pueblo Túrdulo, entre cuyas ciudades estaban las de Setia, Ilurgi, Vogia, Calpurniana, Caeciliana, Baniana, Corduba metropoli, Ulia, Obulco, Arcilacis, Detunda, Murgis, Salduba, Tucci, Salar (Salara, Sala), Balda (Barla, Barlar ó Balar), Ebora, Onoba, Ilipula magna, Selia, Vesci, Escua, Artigis, Calecula, Lacibi é Iliberris.

Como puede apreciarse recordando la situación de algunas de estas ciudades, ya que no todas están localizadas hoy, ocupaban los turdetanos el SO. de Portugal, la provincia de Huelva y parte de las de Sevilla y Cádiz; y los túrdulos las de Badajoz, Córdoba y parte de Jaén, Granada y Málaga. Pero en el territorio que se halla en la unión de los límites de las provincias de Cádiz, Sevilla y Málaga, había una comarca denominada *Céltica Bética*, que comprendía las poblaciones de Acinipo, Arunda, Arunci (1), Vama y Curgia ó Acurgia. Desde luego es indudable que aquí, en las sierras inmediatas á Ronda, estuvieron Acinipo y Arunda: lo justifican y lo prueban las ruinas, vestigios é inscripciones de los municipios Acinipense y Arundense (2), sin que quede la menor duda, favoreciendo aún más la reducción de Arunda que la de Acinipo, porque si ambas tienen lápidas geográficas, falta en Acinipo la conservación del nombre antiguo de que puede ostentarse orgullosa Ronda.

No fué Tolomeo el único escritor que hizo mención de la región céltica, en la orilla izquierda del Betis. También nos dijo Plinio que en ella estaban Acinipo, Arunda, Arunci, Turobrica, Astigi ó Lastigi, Salpesa ó Alpesa, Saepone y Seripo. Hoy están descubiertas, no sólo las dos antes mencionadas de Acinipo y Arunda, sino las de Lastigi (en Facialcázar), y Saepona en el cortijo de la Fantasía. De Turobriga puede sospecharse que

(1) En los Ms. Aruti, Arunci, Arucci.
(2) Inscripciones de Acinipo y Arunda. Hübner.

estuvo junto al río Turón, afluente del río de Teba ó del Burgo, según indicó el Sr. Fernández Guerra, quien, en apoyo de esta reducción señalaba la coincidencia de que existían en España tres pueblos con la denominación de Turón, y había en la época romana los pueblos de Turoqua, Turaniana y Turobriga, en comarcas donde aquellos otros tienen su asiento, deduciendo de esto la correspondencia de unos y otros (1).

Mucho se ha censurado á tan docto varón por el uso de la toponimia, y muchos escritores conceden escaso valor á la coincidencia de nombres; por lo mismo, bueno será hacer constar que más del 80 por 100 de las poblaciones antiguas han conservado sus denominaciones á través de los siglos, ya en las ciudades ó villas que las han sucedido, ya en los cerros, dehesas ó campos inmediatos, por lo cual debe estimarse que la indicación del nombre y su conservación son indicios mucho más seguros que los procedimientos arbitrarios de los que censuran el método geográfico-toponímico. Claro es que á más de la coincidencia de nombres (que puede tener lugar aún á distancias considerables), debe haber la de hallarse dentro de la misma comarca ó territorio, y que es preciso tener gran cautela, pues hasta cuando existen lápidas geográficas es posible la equivocación, porque algunas veces los municipios erigían ó dedicaban monumentos fuera de su territorio á algunos de sus hijos ilustres. Teniendo en cuenta todas estas consideraciones, nos limitaremos á afirmar la posibilidad de que Turobriga haya estado en Turón á corta distancia, tanto de Acinipo como de Arunda. Así como la conveniencia de explorar toda la comarca que constituía entonces la Céltica Bética, para tratar de encontrar Arunci, Lastigi y Seripo, que nada tienen que ver con las poblaciones de la Beturias Turdula y Céltica de Plinio, y que es inútil buscar aquéllas en Extremadura ó Portugal. Compárese, como lo hemos hecho, el texto de Plinio con el de Tolomeo, y se verá que, independientemente de la Beturia hubo una región Céltica al otro lado del

(1) Fernández Guerra. Dictamen sobre *Munda Pompeyana*, pág. 23, nota.

Guadalquivir, y que sus principales ciudades son las mismas de la región que Plinio llama solamente céltica, luego no hay que dudar ni un momento de que Plinio trató de ésta.

Hübner, desorientado, quiso ver, como otros escritores, el nombre de Arucci en el de Arunci, y también en una inscripción, donde aparece una V como nombre de ciudad, se apresuró á leer, ó por lo menos á indicar Vama, es decir, una de las ciudades de la Céltica Bética, sin más serio fundamento.

¿Cuáles eran los límites de esta región? Por el N. llegaba hasta Facialcázar, donde estaba Salpesa; por el S. hasta Saepona, en la dehesa de la Fantasía, caso de que Arunci no estuviera sobre el río Guadarranque, que pudo recibir este nombre en tiempo de los árabes por la adición de la palabra genérica Guad, unida al nombre antiguo de Arranque ó Arranci; ó tratarse de Aruti, que así se escribe en algunos manuscritos, en cuyo caso sería probablemente Arriate, ciudad inmediata á Ronda. Por el E. llegaba por lo menos á Turón, cerca Teba, según se ha dicho, y por el Oeste son más vagos; pero ha de advertirse que las comarcas geográficas de los pueblos antiguos no tenían formas tan regulares como las demarcaciones territoriales de los tiempos modernos, como se ha podido observar ocurría con los túrdulos, que tenían islas ó enclaves cerca de la costa á pesar de ocupar una gran región en el curso medio del Guadalquivir; y, por tanto, al lado, y en el intermedio de ciudades célticas, pudo haber otras de otros pueblos.

Aún es preciso añadir, por si alguien pretendiera citar el texto de Plinio en que dice que los celtas pasaron de la Lusitania á la Beturia céltica, que no hace referencia á la región Céltica-bética, sino sólo á la Beturia céltica en estas frases, y lo comprueba el que presentaba como hecho que venía á demostrar su aserto, que los pueblos que ocupaban la Beturia céltica tenían los mismos nombres que los de Lusitania y Celtiberia (1), por lo cual

(1) Había otra Nertobriga en la Celtiberia, Ségeda en los Pelendones, Laconimurgi en Lusitania y Calenses en Cale Lusitana. No se encuentra en las obras de los geógrafos otra Seria, aunque sí Turiaso, y tampoco

hubieron de distinguirlos dándoles un sobrenombre, y por esto llamaron á Nertobriga, Concordia Julia; á Segida, Restituta Julia; etcétera, y ninguno de los que menciona en la Céltica-bética tiene sobrenombre, y seguramente lo hubieran recibido si sus pobladores procedieran de Lusitania. En cuanto á la época en que esos celtas ó celtíberos desde Lusitania pasaron á la Beturia, puede estimarse que fué muy inmediata á las guerras de César y los Pompeyanos, puesto que así lo indican los sobrenombres Julienses que recibieron, no siendo aventurado suponer que estos celtas que recibieron el calificativo de lusitanos por su procedencia (1), figuran en las guerras mencionadas, adquiriendo entonces, por su apoyo á la causa de César, estas calificaciones: los unos, por su constancia, Constancia Julia; los otros, por haber restituído á la causa de César una población, Restituta Julia; los de más allá, por haber contribuído con sus hombres ó con sus recursos, Contributa Julia, y, por último, algunos, por haber difundido la fama de César, Fama Julia. Los de la Céltica-bética se conoce que no tomaron parte activa en la lucha, pues ninguno de ellos recibe apelativos semejantes, y como sus nombres tampoco coincidían con los de ciudades portuguesas (Arucci, que pudo coincidir con Aroche, en otros códices se lee Aruti y Arunci, que no son propios de localidades de aquel país), tampoco necesitaban tal diferenciación. Además, dada la proximidad á los asientos de los celtas que desde tiempos antiquísimos poblaban las comarcas inmediatas, es de creer que sus ciudades contaban remota fundación y no debían en este caso ser ellos

---

Ucultuniacum, que sospecho pudo escribirse con error en las copias y ser Calduniacum ó Caltuniacum; forma aproximada á la de Caladunum, citada por el Itinerario en el camino de Braga á Astorga y situada, á juzgar por la distancia, en territorio portugués.

La fácil confusión, por el copista, de las letras T y G en griego pudo ser causa de que se escribiera Tereses en vez de Gereses, en cuyo caso había que distinguirla de la Lusitana Gerea, que estaba en territorio céltico y cuyos habitantes debían denominarse Gereses, como los de la ciudad extremeña.

(1) Hircio. De Bello Hispaniense. Cita varios portugueses.

los que dieran calificativos á sus ciudades, sino los que fundaban pueblos con nombres ya existentes.

Respecto á la raza céltica se ha querido cimentar su antigüedad en la arqueología, pero la arqueología nos muestra que los dólmenes, cuya construcción se les había atribuído, ocupan un área geográfica que se extiende á países separados miles de leguas de las comarcas que habitaron, por lo cual es ya casi unánime la opinión que rechaza que los dólmenes sean monumentos exclusivos de los celtas (1), entendiendo por tales á pueblos diferentes de los iberos, de los ligures, de los berberiscos, de los fenicios y de otros que se extendieron por Siria y Palestina, y construyeron dólmenes en las costas septentrionales de África y en las occidentales de Asia. La antigua teoría se ha hecho también imposible, en cuanto al origen, porque se estimaba, en vista de que aparecían los celtas al lado de los iberos, pero más al N. de éstos, que habían venido á España por el N. y que no habían pasado el estrecho de las columnas, refluyendo al N. de España y después á la Galia y al centro de Europa; porque la existencia de dólmenes en toda la banda S. del Mediterráneo, carecería de explicación racional.

Si examinamos los textos de los escritores de la antigüedad, ya se aclaran los sucesos y se armonizan con los datos arqueológicos; porque siendo celtas é iberos ramas de un mismo tronco, ó tribus de una misma raza, ó de un mismo origen, con admitir que el tronco común, cuando emprendió su éxodo desde las costas asiáticas por las orillas meridionales del Mediterráneo, edificaba dólmenes, ya se tiene aclarado el por qué encontramos estos monumentos, no sólo en las citadas costas meridionales del Mediterráneo, sino en el O. y centro de Europa; porque al separarse los celtas de los iberos en el S. de España, llevaron los celtas este sistema de construcción á toda España y lo difundieron por Francia, Bélgica y por los valles del Rhin y del Danubio por un lado, y por otro los iberos, que iniciaron con

(1) Los dólmenes no son obra de los celtas, en opinión de Dechelette. *Manuel de Archéologie.*

ellos este éxodo, á la Bretaña francesa y á las islas británicas (1).

Se ha aducido por los celtistas que varias voces, como la de Briga, eran celtas, sin que dieran más prueba que la de encontrarse tal voz en muchas comarcas donde los celtas estuvieron, pero esto no es bastante. En efecto; la voz mencionada se encuentra en mayor abundancia en Inglaterra, llamada Britania, en los tiempos más remotos, y hoy no se duda que la Britania fué ocupada, antes que por los llamados celtas, por los iberos. El mismo nombre que recibió aquel territorio está indicando que fué habitado por iberos y no por celtas, puesto que Iberitania é Hibernia significan país de iberos y no país de celtas; y así como el nombre de iberos se transformó en berones mediante la supresión de las letras iniciales, el de Iberitania, también denominada Hibernia, se transformó ó pudo transformarse en el de Britania; y de igual modo también que de Iber ó de Iberos se formó la voz de Iberitania y luego Britania para expresar el país, para expresar la gente se dijo ibericun y las ciudades por ellos pobladas Ibéricas ó Bricas, transformándose con el tiempo la *c* en *g*, siendo de ello ejemplo la existencia de Segobricas y Segobrigas, de Talabricas y Talabrigas, de Bricantium y Brigantium, y otros muchos que pudiéramos citar y que muestran que esta permutación era cosa frecuente en aquellos tiempos.

Las afinidades étnicas de los irlandeses é iberos está mencionada por Tácito, quien manifiesta (2) que el rostro sonrosado y el ensortijado cabello de los siluros, antiguos habitantes del país de Gales, revelaban su afinidad con los iberos de España. Estudiando el lenguaje de los habitantes de Inglaterra en las inscripciones sepulcrales y votivas escritas en el alfabeto ógmico, un catedrático de la Universidad de Oxford (Juan Rhys) llega á la conclusión de que antes que los celtas, iberos de la misma raza que los de la Península Ibérica, abordaron á aquellas islas. En Francia, Camilo Julien, miembro del Instituto, estima que los

(1) Idem íd. Señala la existencia de dólmenes en Inglaterra, sin que fueran obra de los celtas.

(2) Tácito (55 á 120). Vida de Agrícola.

iberos penetraron en su país, procedentes de España, antes que los llamados celtas (1), y admite también una inmigración de ligures, que también eran pueblos procedentes de la región SO. de España, donde aparecen al tiempo de la navegación de Himilco y en donde dejan su nombre en el río Licus ó Lixus de la provincia de Huelva.

La extensión de los iberos por Italia está igualmente admitida por los historiadores de este país, y se conservan restos epigráficos y además multitud de nombres locales y gentilicios derivados de los nombres de la antigua España. Después de esta invasión de iberos se efectuó la de los ligures, que, según ellos, obligaron á los iberos á pasar á Sicilia, anteriormente ocupada por los sicanos, cuya procedencia de España consta por los antiguos historiadores (2), así como su filiación ibera; y en cuanto á los modernos estiman que hubo un tiempo remoto en que Italia y sus islas, la Península Ibérica y gran parte de la Europa occidental fué ocupada por una raza dolicocéfala parecida á la de los berberiscos, á cuya raza dan la calificación genérica de ibera.

Si de aquí pasamos á Marruecos, Argelia y Túnez, encontramos como fondo de la población la raza bereber ó ibera, pues la reduplicación de los nombres es frecuente entre ellos para designar la pluralidad de individuos ó las agrupaciones. Encontramos

---

(1) Camile Julien. *Histoire de la Gaule.* París.

(2) Filisto (420-353), colocó el acontecimiento ochenta años antes de la guerra de Troya, y afirmaba que los sículos que dieron este nombre á la isla eran ligios ó ligures, mandados por un jefe llamado Sículo.

SICILIA.—Tucídides (460-395). Después de haber sido habitada por los cíclopes, Lestrigones fué invadida por los sicanos, pueblo ibero que los ligios habían echado del valle del río Sicano.

Diodoro de Sicilia (época de Augusto) y Dionisio de Halicarnaso (1-23) copiaron á Philisto.

Hellanico de Lesbos (siglo v) dice que la emigración de los sículos, que siguió de cerca á la de los sicanos, fué anterior en tres generaciones á la guerra de Troya. (En Dion de Halicar, 1-22).

Homero, en la *Odisea*, llama á la isla Sicula y Sicana.

Filisto (420-356). Los sicanos procedían de Iberia, y se llamaron así del río Sicano, que era uno de los de Iberia.

Necti Iberes en Marruecos en la época remota, y al Sur de Egipto se encuentra un pueblo que conserva el nombre de Ibero (Barbarin; la *n* sirve también para designar el plural en el idioma berberisco) y el pueblo bereber del N. de África está calificado como perteneciente á la misma agrupación, que forma gran parte de la población de España, es decir, á la raza que puede llamarse ibérica (1); pero sus analogías no se limitan á los labriegos de nuestros campos de Aragón, por ejemplo, sino que llegan hasta las comarcas francesas, de cuyos habitantes escribe un viajero que sería difícil distinguirlos. De modo que las afinidades de los pueblos de la región dolménica son correlativas de las afinidades étnicas, y todo esto confirma que los iberos y celtas eran, como nos dijo Herodoto, de una misma raza, siendo lógica consecuencia de todo que al principio hubo una emigración de gentes desde el Asia hasta el SO. de España. Aquí ya se formaron varias agrupaciones que tomaron los nombres de iberos, celtas, etc. Posteriormente, estos pueblos se diseminaron y extendieron por toda España, Galia, Inglaterra y centro de Europa, así como por Italia y sus islas; pero si bien llevaban un fondo común de lenguaje, de religión y de costumbres, presentaban diferencias y desarrollos diversos de cultura. En estas peregrinaciones, aisladas unas de otras, desarrollaron y consolidaron sus denominaciones particulares, llegando á ser considerados como razas ó pueblos diferentes (2), y hasta cuando alguna vez después de largos años de separación volvieron á reunirse, ya no adoptaron, como los celtíberos, el nombre genérico de la raza, sino que unieron los de las respectivas tribus (celtas é iberos), formándose uniones, federaciones ó alianzas de que hay numerosos ejemplos (3). Tal es mi opinión acerca de los celtas y de los iberos.

---

(1) Véase el estudio del Sr. Antón, respecto de Antropología marroquí.

(2) Estrabón cita muchos pueblos deltas en distintas regiones, al lado de otros pueblos. Herodoro, Herodoto, Polibio, quien dice que los lusitanos son iberos autónomos; Teopompo, con referencia á los gletes; César, tratando de la Galia, etc. Diodoro dice que Estrabón afirma esto mismo.

(3) Celto-scitas (Plutarco); galo-griegos (Diodoro); celtíberos (Estrabón); libi-fenicios (Avieno).

La Memoria del Sr. Madrid Muñoz señalando la importancia de las ruinas de Acinipo, inicia un período de nuevas investigaciones en la Céltica Bética.

En nuestra opinión, éstas deben sujetarse á un plan y abarcar los siguientes puntos:

1.° Levantamiento de planos de los edificios y ciudades cuyos vestigios sean conocidos. Esta operación puede hacerse de manera satisfactoria, sin necesidad de aparatos de mucho coste, bastando, en general, una brújula y una cinta métrica de las que se hallan de venta en el comercio; lo que sí es necesario es ser escrupulosos en la medición de distancias y en la de rumbos ó direcciones.

2.° Reproducción fotográfica de los objetos de arte ó adorno que puedan encontrarse y, en general, de todos aquellos que no tengan figuras lineales sencillas ó que, aun teniéndolas (como las inscripciones), resulten, por el desgaste de la piedra, expuestas á una interpretación equivocada.

3.° Exploración de las muchas cuevas que hay en la región ó comarca que aproximadamente corresponde á la Céltica Bética. Si esta exploración se efectúa siguiendo las reglas y procedimientos científicos, será provechosa; en otro caso, más vale no llevarla á cabo.

4.° Visitar los parajes en que se sospeche que las rocas puedan contener vestigios de inscripciones ó de dibujos, y reproducirlos por el calco.

5.° Remitir nota de todos los nombres de lugares geográficos, como ríos, arroyos, barrancos, montes, collados, cerros, dehesas, cortijos, quinterías, casas, ruinas, peñascos, etc., y de cualquier clase de fincas rústicas, cuando sus nombres no tengan una significación perfectamente conocida en el idioma castellano.

6.° Recoger todos los objetos, medallas, monedas, ídolos, restos de cerámica, hachas de piedra ó hueso, etc., anotando respecto de ellos, como de todo lo anterior, el sitio y circunstancias del hallazgo.

Una serie de trabajos hecha en estas condiciones, arrojará se-

guramente nueva luz respecto de la historia de la región citada, y será foco que iluminará también con sus reflejos la historia del pueblo celta, de la bética y aun del de toda España. Yo espero que esto se hará, y por mi parte creo que la Academia coadyuvará gustosa con sus consejos y con sus instrucciones á los que á ella acudan, ya que no todos, por mucha que sea su buena voluntad para realizarla, tendrán la preparación suficiente. Mas, en vez de esto último, yo me atrevo á proponer á la Academia algo más, y es que redacte unas instrucciones de carácter general que, difundiendo en toda España los métodos y procedimientos de exploración arqueológico-histórica, llenarán una verdadera y general necesidad, puesto que en todas partes hay algo que explorar y descubrir.

Por lo pronto, lo más urgente es el trazado del croquis de las ruinas de Acinipo, hecho en escala de 1 : 5.000, con planos de detalle, por ejemplo, del teatro, en escala de 1 : 100. Cortes del mismo en igual escala, tanto del muro de la escena como de las diferentes partes del teatro, y, respecto del foro ó templo, el plano general y dibujos de las bases, fustes y capiteles de las columnas.

La Academia resolverá si procede aceptar estas últimas indicaciones, y, en todo caso, decidirá lo más acertado.

Madrid, 19 de Mayo de 1913.

ANTONIO BLÁZQUEZ.

Acinipo.

(Ronda la Vieja.)

MEMORIA ESCRITA PARA LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA POR SU CORRESPONDIENTE D. ANTONIO MADRID MUÑOZ, CRONISTA DE RONDA.

A la Real Academia de la Historia.

EXCMO. SEÑOR:

El Correspondiente que suscribe y á tanto honor tiene llevar ese título, como la más preciada efémeride de su humilde vida literaria, atento siempre á difundir las excelencias y bellezas de

la muy noble y muy leal ciudad de Ronda, que se dignó hacerle su primer Cronista oficial, publicó en el diario *La Correspondencia de España*, del 20 de Marzo de 1911, un artículo titulado «Acinipo (Ronda la Vieja)». Bien pronto tuvo la legítima satisfacción de hallarle reproducido en buen número de periódicos, viniendo á colmarla, llenando de gratitud su alma, que del mismo se diera cuenta á la Real Academia, como pudo ver en *El Imparcial* del 18 de Abril y en el pliego 26 del tomo LVIII del BOLETÍN de la Real Corporación.

De no existir antes, como así era, contrajo aquel día este Correspondiente una deuda sagrada para con la Real Academia, no cumplida hasta hoy por pequeñas si bien distintas y complicadas dificultades que en ocasiones dilatan el deseo más de lo que á la voluntad se acomoda. Hácelo, pues, con este trabajo, tratando de que ante la Real Academia resurja lo más importante y aún vivo de Acinipo, de aquella ciudad de la Bética sobre la que pasaron á vuelo de langosta para borrarla los vándalos de Genserico, luego la rudeza goda, después la indiferencia árabe, más tarde la obscuridad destructora de los siglos medios, y en todo tiempo el desdén al pasado, merced al cual tantos y tantos monumentos han desaparecido ó agonizan en esta hermosa región de la histórica Andalucía.

En verdad que á mejor hora no podría llegar esta pobre disertación á lugar tan ilustre en demanda de su científica admisión. Avalórase con la documentación fotográfica, realmente artística y acabada, del fotógrafo rondeño Sr. Martín Sánchez, que ha llevado á sus placas con exquita y gráfica precisión lo que de Acinipo aún sobrevive, su precioso teatro, incomparable joya del arte Romano. Hoy, por lo tanto, que Tarragona y Mérida, Sagunto y Numancia, Itálica y Medinat-Azahara..., aspiran á desasirse de su mortaja secular por el esfuerzo y el saber de ilustres investigadores en esta primera década del siglo XX, en la que el amor á lo antiguo ha llegado á intensa fiebre en el descubrir y el conservar, cuando el Estado y á su frente el Monarca, hacen todo lo posible, dentro de la escasez de medios, porque nuestra nación no se avergüence del culto que otras rinden al arte que fué, la

Real Academia de la Historia, de donde parte y adonde viene á refluir ese poderoso movimiento de resurrección del pasado, es seguro concederá su superior atención á lo que de Acinipo se ve, prestando al efecto los poderosos y acertados medios de publicidad con que cuenta, á fin de que el venerando solar y su clásico grandioso recuerdo se conozca y estudie por propios y extraños. La ciencia patria le deberá este beneficio más, y á más no aspira este Correspondiente.

I

Fué Acinipo paraje de habitación para el hombre que en las tinieblas de la prehistoria se extendió por la parte meridional de la Península extrema, en el continente que después se llamara Europeo, dejando allí por rastros de su salvaje existencia, á más de indescifrables jeroglíficos, el informe bloque de piedra sin labrar adosado á otros con arte de muralla, la lasca de sílice obtenida por percusión como arma de caza y de guerra, el grosero cacharro sacado del cieno, moldeado con los dedos y tostado mejor que cocido... Más tarde, la raza ibera en superiores medios de coexistencia, debió sustituir aquellos abrigos primitivos, cuevas y cavernas, por viviendas más ordenadas, y el rudimentario arte del troglodita, con otro infinitamente más adelantado en la escala de la civilización; ibero tiene que ser un borrego modelado en piedra dura y negruzca hallado recientemente en Acinipo. No es extraño que andando los siglos, los fenicios de Tyro y Sydon ocupasen aquellos lugares atraídos por el oro y la plata que en su superficie se hallaba, según tradición y dicho de historiadores en la vecina Sierra de Montecorto; de ese pueblo mercantil debe ser una plancha de plata con caracteres fenicios encontrada también hace pocos años en una exploración minera de la expresada Sierra—que no se reproduce por no hallarse en esta localidad—cuyos yacimientos de mineral rico explotaron luego los romanos hasta agotarlo, como se ve claramente.

Pueblo de paz y de trabajo Acinipo, su nombre no suena en

las Guerras Púnicas, ni se dice, como de su vecina Munda, que diera soldados á los ejércitos de Aníbal; en las contiendas civiles, ni abrazó la causa pompeyana, ni se declaró partidaria de César, cerrando sus puertas con hábil diplomacia en espera del sangriento fallo; de esa conducta se deduce su conservación. Arrasado por Genserico en el siglo v de la Era cristiana, no volvió á pensarse por nadie en su reconstrucción; hoy, á pesar de estar muy poblado el terreno, cada cual edifica, según su conveniencia; la idea de agrupación ha desaparecido.

Tal es la vida de esa ciudad sin historia, á la que críticos é historiadores hubieron de apellidarla equivocadamente, á más de Acinipo, Munda, Tucci Vetus, Ilipa Magna, Ilipula Minor, Arunda y Saguntia. Sin embargo, fué, es y será siempre Acinipo, á todas luces; sus pedestales rezan Colonia Acinipponense, y sus monedas ostentan fielmente el cognomen primitivo de ACINIPO, tan claro como si hubiesen sido batidas ayer. Esa palabra entre dos espigas, una de cebada y otra de trigo, por el anverso, y por el reverso dos á modo de soles, algunas estrellas y puntos que parecen aludir á una constelación, y quizás también al inmenso firmamento que desde sus muros se abarca, y el racimo de uvas bajo trilobado pámpano, son los blasones de la rica colonia inmune, fertilísima y agrícola, albergue en todo tiempo de tranquilidad y de bienestar, pues ni las luchas del Circo inocularon en sus moradores el espíritu de ferocidad precursor á las persecuciones cristianas.

II

Fué asiento de Acinipo el centro de una extensa y feraz campiña ó tierra llana, si bien en lugar algo elevado, cerca de ochocientos metros sobre el nivel del mar, que forma el terreno, ascendiendo suavemente durante algunos kilómetros, para venir á terminar en la planicie que de tiempos atrás se denomina la Mesa de Ronda la Vieja. Su acrópolis, cercada por recios muros de hormigón á la parte de Oriente, que es la de acceso, y de tajos de mediana elevación por la que mira á

Poniente, ocupó toda la superficie de la *mesa*, sobre setenta y dos fanegas de tierra del marco de Córdoba. Esa era la ciudad propiamente dicha, la población oficial, la vivienda de los ricos; en ella el templo principal de la colonia, el foro ó tribunal, el teatro, los baños... Á sus pies tendíanse los *arrabales*, cuyo nombre conservan aún en otra extensión de más de doscientas fanegas, era la ciudad baja, la trabajadora, el granero y la bodega de la comarca y de otras limítrofes, alternando el modesto caserío del pobre con la suntuosa *villa* del potentado. En lugar preeminente de los arrabales y escogido por su salubridad, se han descubierto las dos Necrópolis de la populosa urbe, que abarcaba buena parte de la dotación de tierras de los actuales cortijos de Ronda la Vieja y Los Villares (villicum), propiedad del señor D. Lorenzo Borrego Gómez, Diputado á Cortes por esta circunscripción.

Desde la Mesa de Ronda la Vieja el panorama que se divisa es realmente espléndido, grandioso, sublime; dilatada porción de las provincias de Málaga, Granada, Córdoba, Sevilla y Cádiz; Sierra Morena y Sierra Nevada aparecen en las lejanías del inmenso horizonte como defumadas con sutil polvillo gris; una faja de indecisa neblina indica el curso del Guadalquivir; los repliegues del terreno ocultan á Carmona, Utrera, Morón y Osuna, cuyos términos se descubren; más cerca, Grazalema (la Lacibula de los romanos), Olvera y Setenil, y las moriscas Torre-Alháquime, Zahara y Pruna, con sus atalayuelas de espionaje y de defensa...; hacia Levante la enhiesta roca donde se asentó la legendaria Munda de César y Pompeyo, y á sus espaldas los macizos montañosos de la Axarquía Rondeña, velando el continente africano; con razón puede llamarse ese sitio el *Mirador de la Andalucía baja*. ¡Qué infinito es el poder divino!, he dicho muchas veces contemplando hermosura tanta como desde la renombrada planicie de la despoblada Acinipo se descubre.

Su orientación era á la naciente del sol y abierta á todos aires, especialmente la ciudad alta, siendo su clima frío y húmedo en el invierno, ameno y fresco en los meses estivales, por reinar las brisas de poniente ó vientos alisios, que llamaron los antiguos.

Merced á estas condiciones climatológicas, Acinipo llegó á ser población veraniega, refugio contra los calores del que sabía vivir bien. Muy abundante de aguas, traídas no se sabe de dónde, pues no se descubren vestigios de acueducto en sus contornos, debió por tanto serlo de bosques y jardines, denunciándolo así las curiosas estalactitas que se hallan y los trozos de cañería de barro y de plomo que, según informes de la gente del terreno, el arado vino levantando en pasados tiempos; hoy sólo alumbran dos fuentes: una que, formada de sillares romanos, se halla en la única entrada de acceso á la *mesa*, y la inmediata al extenso caserío del cortijo, ambas copiosas y de excelentes aguas. Ciudad bien cuidada, hacían honor á la dignidad edilicia sus pavimentos de fina argamasa, á veces coloreada, y trozos menudos de pedernal recubriendo una especie de empedrado de pequeños cantos rodados.

La cultura de Acinipo, traducida á la piedra escrita, tuvo que ser muy notable, á juzgar por el dicho de escritores y arqueólogos. Más de cien pedestales y lápidas con letras, habla el erudito rondeño D. Macario Fariñas, se registraban en su tiempo—¡á los mil setecientos años de la destrucción de Acinipo!—en la *Mesa de Ronda la Vieja*, unos que soportarían estatuas, otros con dedicatorias á los escogidos por la opinión pública en razón de sus méritos, de su valimiento ó de sus beneficios á la ciudad. Algo quedó que pudo ser catalogado por el sabio alemán Emilio Hübner: entre aquéllos, el magnífico pedestal de jaspe rosa y blanco que debió sostener la estatua de M. J. Terenciano, sacerdote y gran personaje del Municipio aciniponense, así es la leyenda, personaje de gran importancia, del que algo se dirá más adelante. Casi todos han desaparecido rotos en menudos pedazos por la ignorancia campesina, que en este país siempre entendió, á vuelta de groseras consejas, hallarse el codiciado tesoro dentro de la piedra, ánfora ú objetos exhumados. Otro pedestal de gran tamaño, primorosamente labrado por sus caras visibles, con junquillos y hojas de acanto, se halla adosado á la puerta del antiguo cortijo de Puertollano, limítrofe al de Ronda la Vieja; mas encalado casi á diario, su elegante labor se muestra imperfec-

tamente, y el estar contra el suelo el frente escrito, impide toda investigación. De otros se habla en aquellos terrenos, pero han desaparecido ó no se tiene de ellos noticias en la actualidad.

III

Ni por un momento intenta este Correspondiente penetrar en el campo de la Historia que otros laboraron con la fuerza de su poderosa erudición. El gran poeta y prosista rondeño Vicente Espinel, el Maestro Rodrigo Caro, el Licenciado Franco, Fariñas, el P. Flórez, el Marqués de Valdeflores D. Luis José Velázquez, Maldonado, Saavedra, Lucas Cortés, Momsen, Hübner, los Sres. Oliver, Hurtado y tantos otros, nacionales como extranjeros, unos *de visu* y otros *ad referendum*, al ocuparse de las famosas ruinas yacentes en el despoblado de Ronda la Vieja discurrieron, algunos fantasearon, sobre su origen y sobre los restos de aquéllas que en sus respectivas fechas existían. Muestras numerosas y valiosísimas de sus eruditas investigaciones se albergan por merecido honor en la Biblioteca de nuestra Real Academia.

Limítase por ello el que suscribe, á narrar concretamente lo que ha visto y escudriñado en sus repetidas exploraciones al histórico suelo que siempre y cada vez más admira, sentando como afirmación que en cuanto observó, cualquiera que fuese su importancia, ha encontrado arte, gusto y sencillez, sinónimo de elegancia. De Acinipo tiene que decirse es una ciudad destrozada, mejor dicho, despedazada, pero es tan estética la belleza de sus restos, que aún conmueve; porque es indudable que el gusto artístico no fué en ella una aparición fugaz ó de época, sino que vivió y convivió con Acinipo hasta su último latido.

Ha visto allí, al lado de fustes, basas y capiteles moldeados en piedra arenisca del país, finamente trabajada, muestras de mármoles y jaspes blancos y de colores que, traídos de otras partes, vinieron á dar suntuosidad á los templos de los dioses y á las viviendas de los ricos. La portada del Ayuntamiento viejo de Ronda está decorada á expensas de Acinipo con las grandes

aras del templo de Marte, y es un precioso jaspe estratificado. Trozos de Carrara y de Macael, y otros veteados de negro y de rosa, determinan la riqueza de los pavimentos.

De barros no es menor. Si de los que se encuentran, son algunos bastos y descoloridos, adecuados á objetos de uso doméstico, trozos de tégula, de canales y ladrillos y de grandes ánforas; otros, los rojos, son preciosos, á veces casi transparentes, denunciando su procedencia saguntina. En uno se ve un vaso funerario de perfecta elegancia, en otros un flecaje á modo de clavos, grecas de cabezas de ciervos y caballos en muchas labores y figuras geométricas de ornamentación, en todos una pureza de líneas que dice mucho de aquellos alfareros, maestros en cerámica.

Las urnas cinerarias de piedra arenisca ó de blanca caliza que el arado alumbra con frecuencia *(piletas)*, contienen en ocasiones objetos muy curiosos y preciados. Lacrimatorios de variadas formas, de cristal—tan fino alguno como papel de seda—y de barro, anforitas de mayólica, pedazos de vidrio deslustrado blanco y verde, como de botes de ungüentos y perfumes; otros retocados con una especie de purpurina de reflejos metálicos; broches de bronce de togas y mantos, con artísticos dibujos; alfileres, caprichosas agujas para sujetar el cabello, fragmentos de espejos de acero con delicadas labores—uno de estos espejos hallado en la tumba de una muchacha, completo y precioso; anillos de oro y de metal, el de una jovencita, á juzgar por su diámetro, con un águila en bajo relieve y el otro con la figura al parecer de un mono que sujetaba la hoja del sello; cuentas de vidrio de distintos colores, idolillos ó amuletos de la misma materia en azul, alusivos al Dios Priapo; algunos instrumentos de cirugía, unas pinzas y un trócar, pequeños hierros de flecha, semejando una hoja de laurel alargado, un dardo (pilum), un lindo busto de bronce, que debió estar esmaltado de plata (al parecer de un joven griego)..., y esparcidos por el suelo bolitas de llevar cuentas, tablillas de pesas, fragmentos de utensilios y efectos de hierro y de bronce, extrañas escorias de metales derretidos por el fuego, huesos humanos de enorme tamaño algunos; hay noti-

cias de un fémur de setenta y cinco centímetros, otros pequeños y finos, también de animales; carbón vegetal de muchos siglos; con un trozo se escribió perfectamente el *Cave Canem* en la casilla del perro guardiano del Cortijo de Ronda la Vieja, y otros mil objetos fragmentados de imposible enumeración. Una curiosa observación hecha sobre el terreno: el que recorre la *Mesa* por estudio y afición á lo antiguo, adquiere la costumbre de llevar la cabeza baja en actitud de buscar algo en el suelo, y no la pierde hasta pasados algunos días.

De monedas, medallas y bronces es incalculable lo hallado en Acinipo y sus cercanías, é imposible citarlas como las que aún se encuentran; baste añadir que el erudito autor de la *Historia de Ronda*, D. Juan José Moreti, las adquiría al cambio, y se dice que llegó á reunir un costal de fanega. Ha visto este Correspondiente desde discos tosquísimos que debieron ser después de la permuta la primera señal del intercambio, hasta preciosos ejemplares de oro y plata admirablemente conservados, como acabados de batir; monedas de Acinipo con el cuño ya descrito, y otras en cuyo reverso se ve un alacrán, y algunas de otros puntos con el reacuño ACINIPO, es decir, habilitadas para la circulación; muchas de otras ciudades y Municipios de España, imperiales, consulares, de familias, y de Roma en todas sus épocas y formas de Gobierno. De plata ha dado Acinipo numerosas muestras—ninguna de su fabricación,—especialmente de Emperadores, hasta Honorio, conservadas como queda dicho. De oro, hace pocos años se encontró un soberbio Nerón como á media legua de la Mesa de Ronda la Vieja, en el paraje conocido por Venta de Leche—según algún grave historiador, el mitológico río Letheus,—en cuyo anverso, orlando el laureado busto de inimitable factura de aquel Emperador, se lee:

NERO CAESAR AVGVSTVS

y en el reverso, por bajo de la diosa Salud, que aparece reclinada en silla curul y empuñando una pátera,

SALVS

Pesa una equivalencia en plata de veintidós pesetas, y mejor que moneda, es la medalla reseñada por Cohen bajo los núms. 59 y 60. En fecha reciente, casi á la misma distancia de aquel sitio, pero en dirección opuesta, se ha hallado un precioso Valentiniano segundo, que por un perfectísimo grabado y su estado de conservación admirable, puede considerarse una joya numismática. Su equivalencia es de doce pesetas y ostenta en el anverso el busto de dicho Emperador y la inscripción

DN · VALENTINIA
NVS · IVN · P · F · AVG

por el reverso, Valentiniano II y Graciano, vestidos con trajes orientales y sentados en sillas curules, tienen entre sus manos el mundo, destacándose sobre sus cabezas una Victoria alada y la siguiente leyenda:

VICTORIA AVG TROBT

En años anteriores eran de hallazgo frecuente las de oro y plata; de ellas se formó una hermosa colección por el notable anticuario de esta ciudad, D. Antonio González Campos. Hoy el intenso cultivo desarrollado en la Mesa de Ronda la Vieja y terrenos de su contorno va dificultando estos encuentros que, por otra parte, el campesino oculta en la seguridad de un buen precio.

Por último, la Epigrafía sepulcral contemporánea de Acinipo, pues lo descubierto recientemente no abarca otros extremos, se reduce á las lápidas funerarias, una no catalogada por Hübner, que de antiguo existe á la entrada del cortijo de Ronda la Vieja, empotrada en el suelo, cuya leyenda es:

S SACERD | F › RVFINA | VS › MARCELLVS › F | VD ·

la otra, exhumada por este Correspondiente en la necrópolis baja del Arrabal, que dice:

PL › ERIAM ○ IVNI TERENTIANI | AN XXXVI I S E I S T T L.

La versión de ambas fué hecha magistralmente por nuestro sapientísimo Director el ilustre epigrafista P. Fidel Fita, corri-

giendo en extremo la de este Correspondiente, y es á continuación de la primera: «Marco Junio Terenciano Sacerdote y Junia Rufina, hija de Marco, y Junio Marcelo, hijo del mismo, dedicaron este monumento.» De la segunda: «Pulceria liberta de Marco Junio Terenciano—muerta á los treinta y seis años—yace aquí. La tierra le sea ligera».

En algún otro lugar aparece también el rastro de Marco Junio Terenciano, el que como antes se dijo, debió ser poderoso magnate y sacerdote principal de la colonia aciniponense; en un fragmento bastante tosco de otra lápida ha leído este Correspondiente:

OB HONOR M. I. TERENTIANI.

Recientemente se ha descubierto un sepulcro digno de especial mención y prolija reseña, por su relación con la historia de Acinipo. Estaba formado por una gran piedra arenisca labrada que le servía de asiento, dos tégulas de mucho grueso á los costados y una portadilla ó templete en caliza fina, de extraordinario gusto, como cubierta, teniendo por almohada ó cabecera otra de la misma clase con el epitafio de Lucio Emilio, que marca los pies del ámbito del monumento.

L › AEMILI
IN A F A P A V XV
IN A A A P A V XII

En su interior, entre la tierra filtrada, había huesos pequeños, bastante carbón y la espadita que con este precioso monumento sale á los dibujos números 6, 7 y 8. Esta tumba, como se demuestra por los trazos de su facsímile, ha sido roída muchos años por el arado, que no acertó á levantarla; reciente roturación en la necrópolis baja del Arrabal la puso al descubierto.

¿Pudo ser este Lucio Emilio algún descendiente del gran Scipión el Africano? Alude esto á otra lápida que por instancias del erudito Fariñas se trajo de Ronda la Vieja y se colocó á la entrada del Ayuntamiento de esta ciudad, en la que según el mismo escritor, corregido por Hübner (1350), se leía:

FABIAE MAVRAE
FABIVS VICTOR CONIVGI
TESTAMENTO STATVAM
PONI IVSIT
ORDO ACINIPONENSIS
LOCVM DECREVIT
M·AEMILIVS·SP·FIL·DI...
PMPAVIN·HER·MON
P·C·

En otro pedestal ya desaparecido se leía, según el no menos erudito D. Juan Rivera Pizarro:

PAVLO AEMILIO

y en un tercero

::: MILIVS SECVNDVS ::::

siendo ininteligibles el resto de las inscripciones. Parecen, por lo expuesto, responder estos rastros á la existencia en Acinipo de descendientes de Scipión Emiliano, el vencedor de Cartago.

IV

Como debe ser, dada su principalísima importancia, cierra este relato la descripción de las grandiosas ruinas del Teatro Romano de Acinipo, que sólo alguién que no lo vió como el maestro Rodrigo Caro pudo calificarlo de Anfiteatro. É insiste este Corespondiente, que ha de hacerlo sucintamente, porque ya de ello trataron eminencias arqueológicas, como el Marqués de Valdeflores que hubo de dibujarlo quizá con alguna fantasía (viaje por Andalucía y Extremadura), y los Sres. Oliver y Hurtado, que lo midieron prolijamente, describiéndolo con minuciosa erudición. Esta vez la reproducción fotográfica dice lo que queda; y esto por modo inimitable, como si la cámara del objetivo y el artista

director de estos trabajos hubieran respondido dócilmente al vehemente deseo de este Correspondiente, interesado vivamente en que lo hecho fuese digno de la Real Academia á quien se dedica.

Como estando sobre el terreno, podrá la doctísima Corporación contemplar en las pruebas fotográficas la fachada ó frente total de la Scena con su Theologeo y sus puertas de salida al proscenio y á la orchestra; la Scena, y adosada á ella formando ángulo, la destruída torre de grandes sillares—Valdeflores erróneamente dibujó otra á la izquierda—y las caveas que llegan en forma de anfiteatro, aprovechando el declive del terreno hasta el muro de cerramiento; también los pasillos ó corredores cubiertos que daban acceso á las mismas, recios y sombríos, por lo que el vulgo aún los disputa como encierro de fieras; por la parte que mira á Oriente el tiempo ha hecho más estragos, pero aún otro muro paralelo á la de la Scena, lugar compuesto de dos pisos con sus valvas ó camarillas y que debe suponerse destinado á preparar todo lo referente á la tramoya teatral, cuartos de los actores y demás, lo que en nuestros días se llama de *bastidores adentro*. Aún puede admirarse el fenómeno de equilibrio que representan los sillares situados en la cornisa de su ángulo derecho, y como el aire y la luz filtran por entre los que están debajo, sin que éstos pierdan su alineación. Toda la cantería debió estar labrada en retablos con atributos de la comedia y de la tragedia; nada de eso queda, á excepción de algún precioso detalle y sobrevive por incomprensible casualidad. También se ha buscado inútilmente el pulpitum ó lugar desde donde se leía el prólogo de la representación, el pavimento del proscenio en forma de baraja entreabierta y el himno de Apolo, que debió estar escrito en la sillería de la Scena; todo ha sido destruído ó corroído por los siglos.

Completa la interesantísima colección fotográfica la que reproduce las ruinas del templo de Marte, que así se señala por la gente del país con referencia á una lápida en que se leía:

::: MARTI :::

pero es de creer, dada la costumbre romana, de que el templo de esa divinidad se hallase extramuros y la forma semicircular que aún denuncian unos muros que subsisten, que convenga mejor al Foro ó Tribunal de la Colonia Aciniponense. Los trozos de columnas que se conocen, uno de ellos descubierto en pocos momentos durante esta investigación, debieron pertenecer al *atrium* ó peristilo del citado edificio; y una cabeza, bastante mutilada, que en pesado mármol de Carrara reproduce la de una Victoria Augusta, fué hallada á poca distancia de las ruinas del mismo.

V

Si las ruinas de Acinipo no han sido en extremo afortunadas á la investigación y al estudio de arqueólogos é historiadores, como quedó expuesto, en cambio sus monedas merecieron desde hace siglos eruditas disquisiciones por parte de nacionales y extranjeros que de este interesante particular se han ocupado: Diego de Covarrubias, *Veterum Collatio Numismatica*, Sevilla, 1556.—El Licenciado Juan Fernández Franco, *Compendio de Numismática*, Alcalá de Henares, 1564.—Fray Alejandro Pamel, *Catálogo de las monedas de las Colonias, Municipios y pueblos de España*, Zamora, 1748.—Andrés Gusseme, *Diccionario general*, Valladolid, 1777.

Las describieron y clasificaron entre las de la Bética, contando hasta seis variantes que convienen en sus caracteres esenciales bajo el epígrafe grabado en su anverso de Acinipo. Con posterioridad, los trabajos del Marqués de Valdeflores, del Dr. Mateos Gago (natural de Grazalema, ciudad vecina á Ronda la Vieja) y del erudito malagueño Rodríguez Berlanga, han venido á aumentar la copia de estas descripciones, siendo de lamentar que los Sres. Oliver Hurtado, en su monumental Memoria *Munda Pompeyana*, pasaran como sobre ascuas por la riqueza numismática de Acinipo, ya que con tan singular maestría trataron de la misma y de las ruinas que hallaran en el despoblado de Ronda la Vieja. También en los tiempos modernos, Heiss, en la *Description générale des monnaies de l'Espagne*, y Zobel, en su *Estudio histórico*

de la moneda española, han aportado, en unión de los anteriores, datos curiosísimos que dan por terminado cuanto de la materia puede decirse.

Estos estudios ilustran sobremanera la ascendencia de Acinipo quizá más de lo que sus inscripciones dicen, porque viénese de todo ello en conocimiento que la palabra Acinipo, ya venga, como unos quieren, de la lengua fenicia y sea un vocablo sidonio, ó proceda de la griega ἄκινος (tomillo), más probable esto que aquello, vino á proyectarse en la latina *Acinus*, troje ó montón, según unos, grano de uva el parecer de otros, de donde arrancaría su denominación romana con marcada reminiscencia helénica por lo que respecta á su terminación. Los árabes conservaron la susodicha palabra, pronunciándola aspirada, anteponiéndola una H, y á nuestros días ha llegado con H ó sin ella, según quien la pronuncie, significando *Acina* el montón de mieses almacenado en la era para su trilla *Hacina-Hacinar*.

Ciñéndose á los atributos ó emblemas que se ostentan en esos trocitos de bronce, entiende este Correspondiente, conciliando opiniones y en armonía con lo que aquéllos quieren decir, que la palabra Acinipo expresiva de *montón* ó agrupación, tiene que ser común á la riqueza agrícola y á la vinícola de la comarca, como lo prueban las espigas de trigo y cebada y el racimo de uvas abrigado por su pámpano; y que los soles, en algunas monedas, se nota un trazo en forma de media luna, las estrellas, y si se quiere ver en esos puntos una constelación, todo ello es sencillamente alegórico á que la protección de los astros adorados por los pueblos nacientes como símbolo de la divinidad se debía la fertilidad de los campos por el calor y la lluvia; mucho más tratándose de Acinipo, pueblo agrícola por excelencia como colonizado por agricultores fenicios ó griegos que enseñaron á la ruda aborígene raza ibera á sacar de la Naturaleza los elementos constitutivos de la vida del hombre.

Y en verdad que la antiquísima Acinipo, como la moderna Ronda la Vieja, no han perdido al través de las centurias la exuberante fuerza de su producción rústica. Aquellas tierras que prohijó Ceres, corresponden por modo óptimo á los esfuerzos del

labrador con pingües cosechas, base de ese bienestar en las medianías que trae á la memoria dos bellos dísticos de Horacio (1). É inútil es añadir que el *detritus* del pueblo que fué, presta vida al intenso cultivo del sortero de hoy.

VI

Va á concluir el Correspondiente que dice estos apuntes hijos de sus impresiones sobre el terreno, moldeados en aquellos lugares de embelesadora melancolía, en los que parece olvidarse el presente para vivir como vivió aquella raza poderosa y artística, aquel gran pueblo romano, cuyas huellas siguen las generaciones que se suceden, demostrando su inmortal historia ya se le mire en su origen, como en su apogeo y en su decadencia, que si las conquistas por la fuerza tarde ó temprano desaparecen, las de la inteligencia son eternas. En esos lugares su imaginación, avivada por los recuerdos, ha exhumado el ser diario de una ciudad trabajadora y bulliciosa, ha asistido á su vida política en sus comicios, á la religiosa en sus templos y á la civil en las ardientes luchas del foro. Las alegres fiestas á Ceres y á Baco, tras un abundante esquilmo no le son desconocidas, ni las representaciones de las licenciosas comedias de Plauto y las finas y discretas de Terencio, alternando con los horrores de la tragedia griega, la del fatal é inexorable destino... La fuerza subjetiva es allí tan poderosa, que basta un momento para sentir el latido de los siglos.

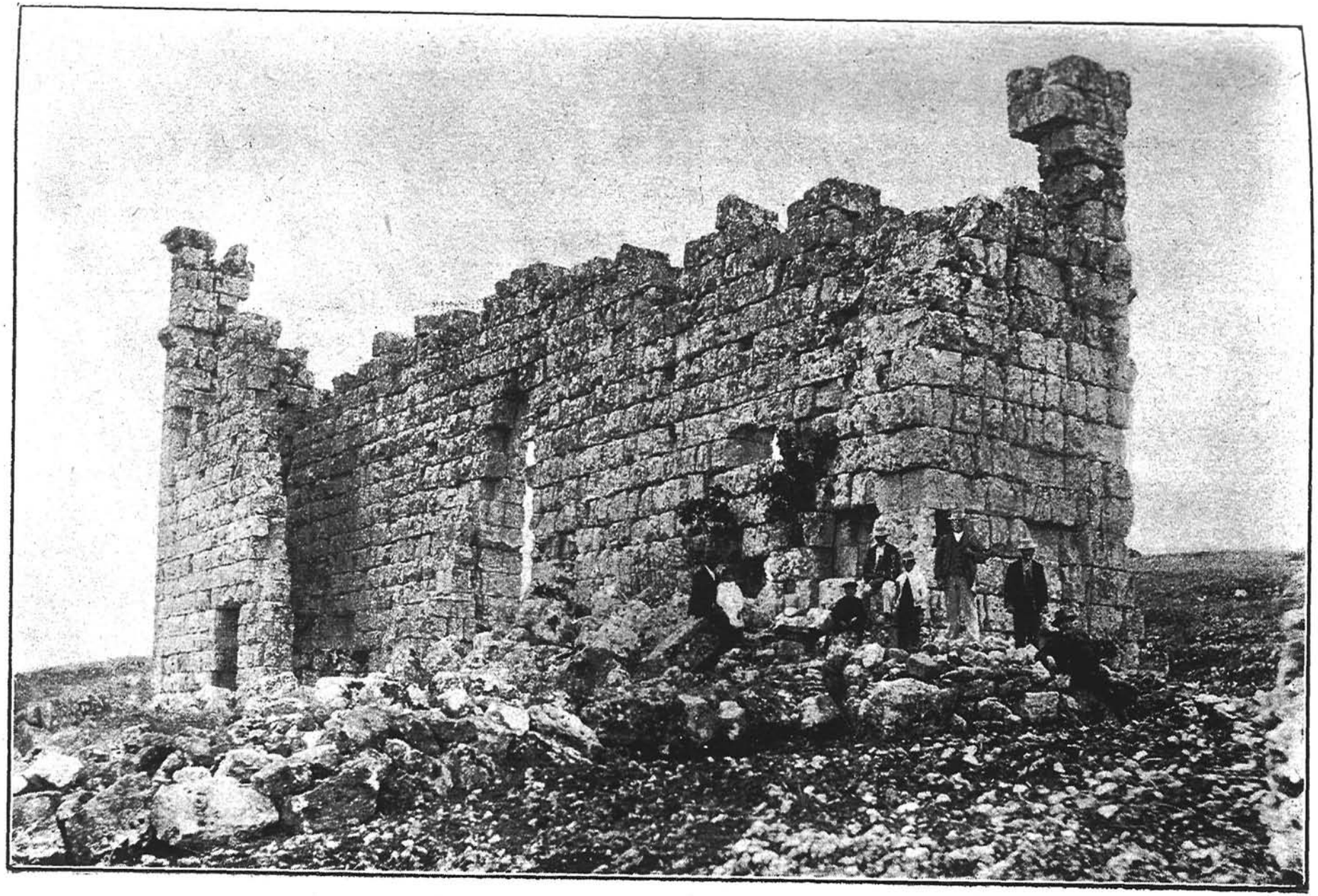
«Campos de soledad», dijo de los de Itálica nuestro gran poeta Rioja; campos de respetuosa tranquilidad y de misterioso recogimiento son los de Acinipo. En ellos no resuena el alegre cantar andaluz, ni la sentida trova árabe; así rinde el campesino, dentro de su rudeza, culto al pasado, venerando en esta forma, como se

---

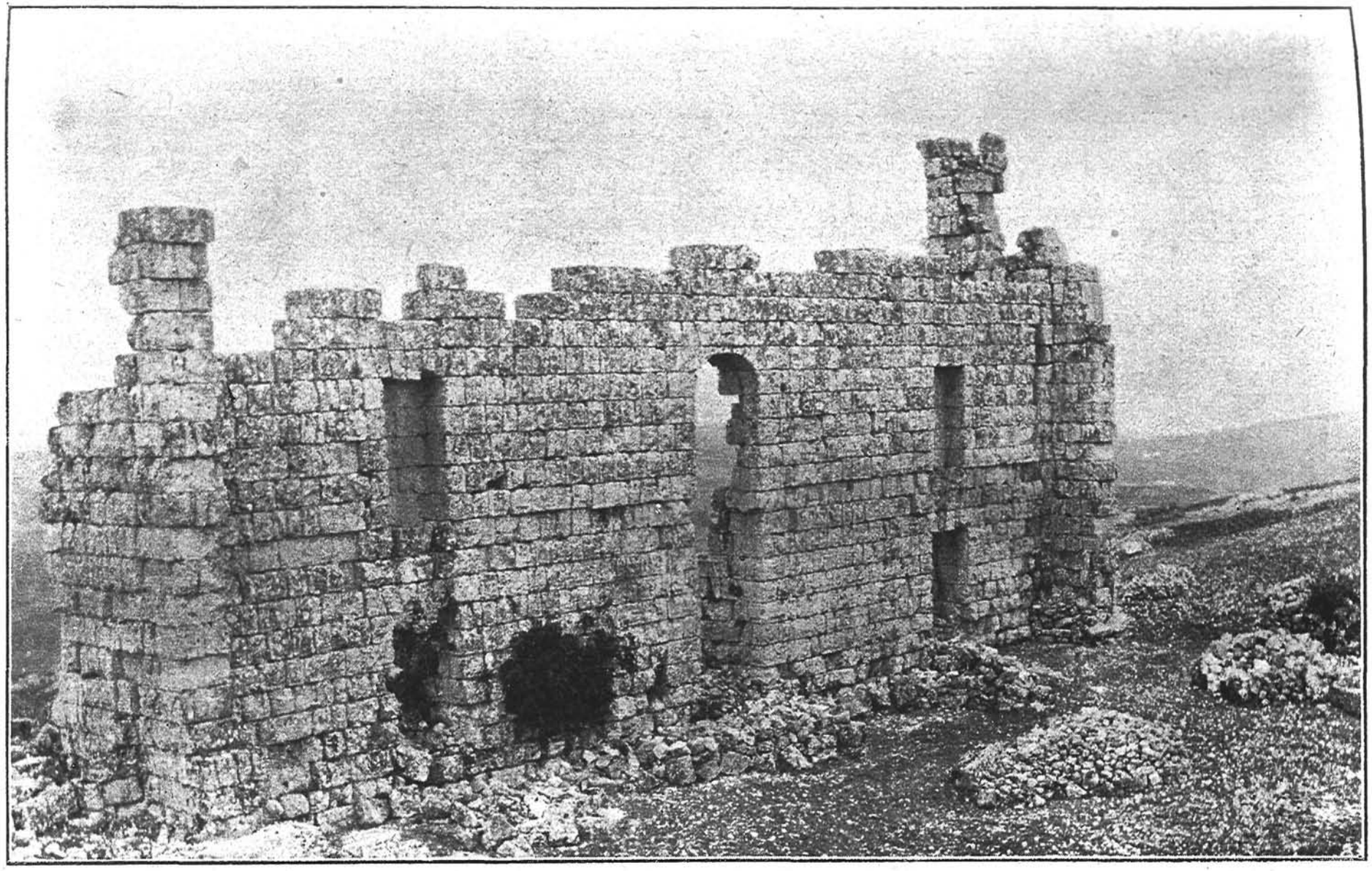
(1) Beatus ille qui procul negotiis,
Ut prisca gens mortalium,
Paterna rura bobus exercet suis,
Solutus omni foenore.

Epodon, II, 1-4.

RONDA LA VIEJA (ACINIPO). RUINAS DEL TEMPLO DE MARTE (Ó DEL FORO)



RONDA LA VIEJA (ACINIPO). TEATRO ROMANO
Vista tomada desde el N.



RONDA LA VIEJA (ACINIPO). TEATRO ROMANO
Vista tomada desde el NO.

RONDA LA VIEJA (ACINIPO). TEATRO ROMANO

Vista tomada desde el SO.

observa, las preciadas cenizas de la insigne ciudad que se contara entre las más renombradas del convento Astigitano, de la rica y feliz Acinipo.

Ronda, 24 de Marzo, 1913.

ANTONIO MADRID MUÑOZ.

III

DOCUMENTO ÁRABE TRAÍDO DE MELILLA

El Correspondiente de la Academia, Excmo. Sr. D. Manuel de Foronda, hizo donación para nuestra biblioteca de un manuscrito árabe traído de Melilla, y el Sr. Director se sirvió disponer que el que suscribe diese cuenta á la Academia del contenido de tal manuscrito y de la importancia que pudiera tener.

Por desgracia, el manuscrito está falto por el principio, sin que sea fácil calcular si faltan por completo pocas ó muchas líneas, además de estar incompletas por el lado izquierdo las siete primeras; lo demás está en bastante buen estado, notándose sin embargo algunos desperfectos producidos por los dobleces del papel, que imposibilitan la lectura de algunas palabras.

El documento tiene de alto 107 centímetros y 26,5 de ancho, con 120 líneas y 10 que podríamos llamar el colofón del escrito, en líneas incompletas de cada vez más cortas, y en los dos espacios laterales que deja el escrito, hay dos notas que quizá dan noticia de los primeros ascendientes de las familias de xerifes, á las que se refiere el documento.

El dar noticia detallada del contenido del manuscrito, que hemos tenido necesidad de copiar para su estudio, sería tarea larga y difícil y, en mi sentir, de ninguna utilidad para el público; pues si para la transcripción de las consonantes de los nombres propios de lugares y personas podríamos aceptar un sistema fijo que permitiera á los arabistas el reconstituir los nombres, respecto á las vocales, por no existir en el manuscrito, el procedimiento es imposible, y á cada nombre propio habría que aplicarle las vocales que nos pareciesen más propias, que podrían ser dife-